

Archiduque Luis Salvador

ANDREAS SALVATOR VON HABSBURG-LOTHRINGEN

Resumen

Asistió como invitado al “Congreso Internacional de Turismo Cultural: análisis, diagnóstico y perspectivas de futuro” un familiar directo del Archiduque Luis Salvador. Y realizó una intervención sobre su memoria personal respecto al Archiduque.

Palabras clave: Archiduque Luis Salvador, Lluís Salvador, s'Arxiduc, Mallorca

Abstract

Attended as a guest to the “International Conference on Cultural Tourism: analysis, diagnosis and future prospects” a direct relative of Archduke Ludwig Salvator. Made a statement on his personal memory about the Archduke.

Keywords: Archduke Ludwig Salvator, Lluís Salvador, s'Arxiduc, Mallorca

Tanto en Mallorca, como en las demás Islas, este nombre tan ilustre fue y sigue siendo muy conocido, como lo son también sus genialidades y excentricidades. Muchas familias de las islas, transmiten de generación en generación cuentos e historias de su vida. Y en sus casas, aparecen de vez en cuando, cartas, contratos y fotos de este genial forastero que llegó aquí hace 148 años, cuando sólo tenía 19 años.

Pero no voy a hablar de anécdotas ya conocidas, ni del Conde de Neuhaus, su nombre de incógnito, ni de «esas únicas monedas que he ganado con mi trabajo» o de los jocosos malos entendidos e interpretaciones sobre su manera de vestir o comportarse, una sabia mezcla de buena educación y dejadez.

Quiero dirigir mi enfoque al proceso de formación de una personalidad de este calibre.

Lo que voy a decir, no proviene de estudios de la historia, ni de la lectura de bibliografías o de legajos de archivos, sino de mi imaginación y de mis propias vivencias.

Los estudios los dejo para los muchos eruditos que pueden documentar con papeles o añadir lo que les conviene, para vender mejor sus obras.

Pero sí que reclamo para mí, lo que he vivido en primera persona, en los no tan remotos restos, de la corte austriaca y familiar, tan cercanos a mi ilustre tío bisabuelo.

Y también por mi propia experiencia, ya que yo mismo llegué a los 17 años de edad a Palma. ¿Es casualidad o destino?



Cada uno de nosotros nace en el seno de una familia. En cada uno se forma un ser en el seno de una madre. Pero es el padre, su presencia o ausencia, la que forma la personalidad del individuo. No solo los genes se barajan de nuevo, sino que es el conjunto de la fecundidad de la madre y las palabras, ademanes y pensamientos del padre lo que forma este ser.

Habiendo nacido también yo, en el seno de una familia larga con pasado y muchos hermanos (12), sé que pesa mucho, tanto lo uno, como lo otro.

Con este lastre, lo que más anhelas, es poder ser tú mismo. Que se respete tu personalidad, te dejen un espacio para ti y no te vean sólo como un miembro de una estirpe.

Igual que me pasó a mí, me imagino, le pasaría al gran tío Luis, también Salvador como todos los varones de la rama Toscana de los Habsburgo.

Las casas que te rodean –en su caso fue el Palacio Pitti de Florencia (uno de los monumentos artísticos más importantes de la cultura italiana). En un edificio histórico aprendes, sin querer quienes son los familiares próximos, pero cuando estás rodeado por objetos de museo, con las paredes cubiertas por retratos de personas con trajes raros y con insignias, alhajas o coronas te preguntas “¿qué tienen que ver éstos, conmigo?”

No los conoces, pero a lo largo de los años, en una y otra conversación, tus progenitores o profesores hacen referencia a alguno de los retratados. Poco a poco aprendes banderas, reinados, batallas y homenajes y reconoces uniformes y condecoraciones. Poco a poco, incorporas tú alrededor como parte de tu persona. Los objetos más valiosos se vuelven cotidianos y lentamente has de aprender a estimarlas.

Como un buen conocedor de vinos, que ha de aprender donde residen las papilas y los sabores en la lengua, así has de aprender lo que es una época, un país o un reinado.

En el caso de Luis Salvador, tuvo que vivir un exilio, un traslado y la vida de “emigrante destronado” al Norte de Praga.

Aparte de las pinturas, muebles, uniformes, armas, blasones y mucha parafernalia, también has de aprender el parentesco que nos une con unas u otras familias europeas, además del conjunto de los que te rodean –en mi caso, siempre unas 15 personas.

Los parientes, entonces, se dividen en “importantes” y “simpáticos,” amigos o enemigos. Importantes, por la función que ocupan y los simpáticos, por su manera de ser.

Desde alegre hasta bondadoso, de severo hasta justo. En esta sociedad que te rodea, se forman grupos de intereses, económicos, de poder, influencias o herencias, hasta por afinidades,

como el chismorreo o por querer ser diferente a los demás. De esta forma están los que se doblan a las exigencias del entorno social y aquellos que se rebelan.

En su mayoría los que se rebelan lo hacen, para romper la etiqueta, provocar un poco o, simplemente, por hacer trastadas a costa de los demás. Si un individuo deja el rebaño, la sociedad lo pone en su sitio y basta. Pero si uno de estos individuos se ha dado cuenta de lo que quiere, es difícil retenerle. Esto abarca desde la extrema obediencia a las reglas de la religión –un campo amplio y difícil de enderezar– hasta el afán por las armas, por el juego o los amoríos. El individuo se decanta por una u por otra actitud.

Igual que clasificamos a las mujeres, en “chulas” y en “majas” lo que indica una tendencia o apetencia del individuo. Unas tiran hacia “arriba”, las otras hacia “abajo” o dicho de otro modo: unos tienden a encerrarse, los otros a abrirse.

Pero la vida de sociedad no es un evento, una feria o un baile de disfraces, la vida es la continuación de una actitud durante toda la existencia. De esto se trata. Después de la juventud, todo ser enjaulado en su casta, tiene la opción de continuar o de salirse de ella.

Pero salirse de los cánones familiares es duro. Implica no solo la pérdida de lujos y honores, sino también la exclusión de círculos divertidos e incluso interesantes.

Así pues, pasada la adolescencia, con el servicio a la patria obligado –de esa época son sus fotos en uniforme con el toisón de Oro– el Archiduque Luis decide emprender una carrera moderna y de poco relieve social: ingresa en el cuerpo de artilleros. Nada de elegantes desfiles, ni de caballería con su posición elevada o seducción por los guardias reales con sus flamantes uniformes. Vulgares mecánicos con sus utensilios poco vistosos o mostrables.

No es de extrañar que habiendo nacido en el clima cálido de la Toscana se afincara más tarde cerca de Trieste, al sur de los Alpes y cerca del mar. Y a consecuencia de su elección, el Archiduque empezó a huir de la sociedad buscando con su barco otras riberas. A él no le llenaban las obligaciones familiares o actos sociales y, si las atendía, era por obligación ya que se conocía el protocolo –y sabía bien que sus ingresos provenían de este complicado aparato, al que él, como hombre culto que era, servía.

Como quinto hijo varón de una familia de diez y hermano del Gran Duque reinante en Toscana, tenía un rango y un valor entre el sector femenino de su entorno y la amplia sociedad de nobles. Su foto circulaba entre las tías interesadas en urdir buenos partidos. Pero en esa misma foto, se ve que tras el exilio de Italia, le faltaba algo de dinero y que la etiqueta le importaba muy poco. Algo tímido, con sus pantalones desaliñados pero guapo, no es de extrañar, que se quedara fascinado por una de las hijas del Archiduque Albrecht. Pero tras la muerte de esta “revolucionaria” a causa de las quemaduras producidas por un pitillo prohibido, él no la pudo olvidar y comienza a saltarse todas las pesadas normas de etiqueta tanto de comportamiento como de vestir. Se le ve frecuentemente con su peculiar chaqueta arrugada, una curiosa mezcla entre uniforme de capitán y personalidad importante. Y otro elemento del que no prescindió nunca, era el parasol, cuya punta gastada se abría como un hongo.

Aunque él había trazado su camino en la vida, mantenía buenas relaciones con algunos familiares. No son pocas los cuentos sobre las escasas visitas de “don Balearos”, como le llamaban, en la corte de Viena. Sus visitas esporádicas al Palacio eran siempre el mayor motivo de alegría para sus numerosos sobrinos (Grobneffen), a pesar de los conflictos protocolarios que generaban.

Las noticias no eran inmediatas como hoy, pero cuando D. Luis Salvador iba a llegar a Viena, su llegada se barruntaba entre la familia. Todos estaban ansiosos y pendientes de contemplar la excentricidad o metedura de pata de protocolo que sin duda, iba a ocurrir.

Su humildad era famosa y nada más lejos para él que presumir de su condición, por lo que llegando a la estación del ferrocarril de Viena, tomó un “pesetero” como llaman en Sevilla a los coches de alquiler tirados por un caballo. El cochero obedeció y llevó el viajero al Palacio. El guardia de la puerta, vio el coche de caballos y a su cliente y dio la orden al conductor: «suministros por la puerta de servicio». El obediente cochero, arreó a su caballo, y dio la vuelta a la manzana que ocupa el Palacio Imperial de Viena, llegando a la entrada de servicio. Allí, el guarda que llevaba años en el servicio, reconoció al Archiduque y le dijo «por Dios alteza por aquí no, ha de entrar por la puerta principal». Desde luego, situaciones como éstas, eran las que más podían gustar a nuestro querido Archiduque.

Lo que es cierto es que fue un hombre avanzado a su tiempo. Se le considera el primer promotor del turismo de las Baleares pero también muchas otras cosas.

Su hermano fue un gran aficionado a la fotografía. Pero nuestro Archiduque era un hombre de ciencia, de precisión, de absoluta validez. Conociendo las inexactitudes de la fotografía de su tiempo, no se conformaba con retratar los lugares de la Isla, sino que contrató dibujantes de la Academia de Viena para que dibujaran con sus lápices de punta afilada, cada relieve de cada roca, piedra o planta. Entre esos jóvenes artistas, llegó a Mallorca el pintor Erwin Hubert.

Por cierto que él mismo me contó, casi con lágrimas en sus ojos, cómo en un examen de geografía su profesor le preguntó ¿dónde se encuentran las islas Baleares? y él no supo responderle. La vida, sin embargo, años después, le llevó a la Isla de Mallorca, que pintó y dibujó con finura como hemos visto en sus pinturas en seda y en papel. Siendo su cartel para el turismo mallorquín, el más conocido de todos. Vivió hasta su muerte en su querida Palma.

Hubert era un meticuloso pintor para el que una puesta de sol duraba poco, pues, para mezclar los colores y representarlas exactamente como las veía, le faltaba tiempo. Simpático fue su recuerdo de cómo consiguió el puesto de dibujante al servicio de «su querido y tan mal entendido Archiduque».

Este docto descubridor de cuna noble, repartía sus famosas *Tabulæ Ludovicianæ* o cuestionarios de hasta 100 páginas, a los alcaldes, curas, médicos y maestros de los pueblos, de hecho fue el primer “ordenador”, pues dio este mismo nombre a su sistema de recopilación de datos. Recogía información en un programa preestablecido y luego plasmaba el resultado en sus libros.

Hablando de libros. Siendo como era, quiso publicar sus obras. Pero no como literato, sino como necesitaba vender cuantos más ejemplares mejor, para vivir algo mejor o menos estrecho, no los imprimió a todo lujo, con bordes dorados y tapa costosa con relieve.

En el año 1869 dedicó su primer libro, escribió 7, al emperador Francisco José con el título *Los Baleares* de 6.000 páginas, y ganó con los primeros dos volúmenes un año más tarde, una medalla de oro en la Exposición Mundial de París.

Pero, ¿por qué cito aquí sus obras de tan solo una tirada de 500 ejemplares, reservadas a sus “fans” y amigos? Pues, porque como en sus demás visiones, todas sus obras, están hoy en día

escaneadas y accesibles desde cualquier lugar del mundo donde exista electricidad, en Internet, gracias al Dr. Wölfert y a su fenomenal trabajo: <http://www.ludwig-salvator.com/>.

Y de nuevo descubrimos otra faceta del Archiduque: por su alcurnia, su indiferencia a lo pecuniario. O como reza un proverbio chino «escoge una actividad que te guste y nunca más has de trabajar». Sus pensamientos pacifistas, seguro que le unía a muchas personalidades de la época, ante los cambios que se avecinaban.

En la Exposición Mundial de Melbourne en 1881 este “prohombre” propuso ya eliminar los obstáculos arquitectónicos en las exposiciones, que según él, son un medio «para que los pueblos se conociesen mejor».

No sorprende que otra “revolucionaria” visitara en 1871 a su primo con su yate Miramar y su marido telegrafiara diciendo: «espero que tu primo gordo se ocupe de tu bienestar». Este viaje fue interrumpido en La Coruña debido a un fuerte temporal y sobre él existen dramáticas descripciones.

Otra aptitud de este excepcional y activo hombre fue, la ausencia de vértigo. Podía andar sin problema por la cresta de *sa Foradada* y contemplar la costa desde este mirador natural. ¿Ideó desde allí, donde colocar los miradores?

Su amor a todo lo que concierne a la Naturaleza, hizo que amemos tanto a los animales silvestres como los «arados de la naturaleza» que son los árboles. Veneraba toda forma de vida y no quiso nunca talar los árboles de sus fincas. Solo admitió la poda de las vides de sus predios. Antes le llamaban “loco” o “raro”, ahora le llamaríamos “Proteccionista”.

Carente de sentido comercial, organizó “Ca Madó Pilla” para hospedar a senderistas para que admirasen el entorno paisajístico.

Para gran estupefacción de los lugareños, compraba tierras a precio de oro que valían solo su precio en cobre. Para él, su valor no era la cosecha que producían, sino la belleza.

¿Corte o cortijo?

Desde que Rómulo trazó una línea en el suelo y dijo a su hermano gemelo Remo «este es el límite», dividimos las propiedades de la tierra. Poseer un trozo de tierra implica una responsabilidad, no solo a contribuir al erario público sino, también para obtener un rendimiento.

El Archiduque nació aun en el Sacro Imperio Alemán que se transformó en 1892 en la doble monarquía Austro-Húngara. Una época en que los nobles tenían alodios e ingresos por heredadas. Estos ingresos mermaban por guerras pérdidas o reformas de la moneda. El Gulden se convirtió en Corona. La Corona perdía valor según aumentaba el coste de la guerra. Al terminar la Primera Guerra Mundial, la República Austriaca emitía unos pagarés con el nombre de Corona austro-alemana.

Pero nuestro “revolucionario” Archiduque, dijo siempre «voy a dejar mis propiedades que he adquirido, a los mallorquines porque es su tierra». Pero cuando se abrió su testamento, hacia el año 1916, había dejado parte de sus propiedades en Bohemia, también a sus colaboradores

y fieles acompañantes mallorquines. Pero ellos no querían tierras en el frío e inhóspito Norte, querían dinero en metálico para volver a su tierra natal. En los tres años que siguieron convirtieron las tierras en dinero. Con sus maletas llenas de pagarés llegaron a Palma. Entregaron los mismos en el Banco, abrieron las maletas y el banquero dijo «¡pero qué me traen! ¿no saben ustedes, que ya no existe la corona? ahora es el Chelín», «Todo esto ya no vale nada».

Cuento esta anécdota, para resaltar que vale más la buena reputación, que un valor que desaparece a falta de un responsable o un valor real que corresponde del valor de las cosas. El Banco Central Europeo emite dinero y los Estados, que son Sociedades Anónimas, nos endeudan, evitan su responsabilidad y la pasan al contribuyente.

El Archiduque no solo fue un enamorado de la isla, sino que fue un “hombre de bien” que dedicó su vida, fuera de los cánones, a dejarnos en lugar prominente en muchos aspectos de la cultura, sociedad, arte y sobre todo es un nexo *unofficial* –fuera de los enlaces establecidos– con el mundo real y sencillo.

Y como la cultura europea se mide por las lenguas que uno sabe, no nos sorprende nada que l'Arxiduc, que sabía más de diez, tenga hoy 39.300 enlaces en español, 12.600 en alemán, 14.700 en inglés, 27.000 en francés y 10.000 en italiano.

Sus obras se tradujeron al inglés, italiano, checo, francés, croata, español, catalán y árabe así como la obra de *La flor de Levante* a la que la emperatriz dedicó una poesía, al griego.

La vida del Archiduque concluye al servicio del emperador José Francisco y se murió con su incurable enfermedad, parecida a Vivicio Riva que conocimos por la popularidad del actual Papa.

Popular uno, popular el otro. Uno hoy, el otro cuando la comunicación y el viajar no eran tan cómodos como hoy. Nadie es profeta en su propio país. Son los que nos visitan, los que nos evalúan y los que se dan cuenta de lo bonita que es nuestra tierra.

Gracias a todos por haber aceptado a este hombre único y especial, le aceptaron a pesar de otra forma de ver el mundo, de ser diferente, de ser él mismo.

Desde los años 50, también yo hice mi vida en España y tengo los mejores recuerdos que empezaron aquí en Palma, en la calle de San Jaume y estudios en Coll den Rebassa. Igual que mi casi tocayo, debo mucho a los que me acompañaron a lo largo de mi vida y sigo teniendo mis mejores amigos en este país y gracias a ellos estoy aquí ante Vds. Esperando que entre mis pobres palabras con peor pronunciación, encontréis una que otra idea útil y edificante para llevar a casa.